

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR

Memoria y Homenaje a
Lorenzo Coullaut-Valera

Señores académicos; ilustre auditorio:

Dos impulsos me mueven a ocupar hoy esta honrosa Tribuna. Primero, el requerimiento de nuestro Presidente, cuya voluntad de servir suelen hacer más que los medios de que dispone. Por ello, aunque sólo haya sido en mi modesta calidad de Correspondiente, nunca rehusé coadyuvar a la tarea por él encomendada.

Me mueve también un sentimiento de gratitud y de amistad hacia Lorenzo Collaut Valera. Sí, de gratitud, porque la Providencia valióse de él y de dos sevillanos, los hermanos Alvarez Quintero, para salvar quizás mi vida seriamente amenazada por enfermedad que requería entonces, 1926-27, largos y serios cuidados. Hago memoria: Frecuentaba yo a Don Lorenzo desde mi arribo a Madrid en 1920, pensionado por el Ayuntamiento sevillano. Trabé con él una relación amistosa, bien que respetuosa por mi parte, dada la gran diferencia de edad y mi calidad de aprendiz; mas como uno entiende la amistad de modo entrañable, cuando no se nos rechaza, dura de por vida y en ello van incursos la servidumbre o el gozo de su disfrute y aun las contrariedades o el dolor que a veces comporta.

Don Lorenzo me hacía patente su estima dispensándome amistosa atención y consejo. Era el año 1926, repito, y regresaba yo de Cáceres de inaugurar el Monumento al poeta Gabriel y Galán, ganado en Concurso Nacional.

Al llegar a Madrid, exhausto por el esfuerzo hecho para que todo estuviera bien y a punto, caí muy enfermo, descubriéndoseme una grave lesión pulmonar. Era urgente ingresar en un Sanatorio de la sierra, mas imposible nos fue encontrar plaza. Intervino Don Lorenzo y con él los hermanos Alvarez Quintero. La influencia de ellos hizo que se me abriera el Sanatorio de Tablada. Me curé allí cuando todos creían que moría, y sólo Dios sabe si gracias a Lorenzo Coullaut Valera, Enrique Pérez Comendador está hoy

aquí contribuyendo a conmemorar este Centenario, fiel a su recuerdo.

La ganancia del Monumento a Gabriel y Galán se la llevaron el Sanatorio y los cuidados del cuerpo hasta sanar. El socorro de mi maestro Joaquín Bilbao y el patrocinio del viejo Duque del Infantado, ambos de entrañable memoria para mí, me permitieron volver a mi obrador madrileño de la calle de Lista en aquel tiempo. Era un patio grande en el que se habían construido estudios para artistas. Los ocupaban: Clará, Capuz, Barral, Vicent, Souto, cuyos principios fueron también sevillanos, y yo, el más joven, de todos aprendía.

Las ventanas traseras de la casa de los hermanos Alvarez Quintero daban al patio, encima de mi estudio y el de Souto. Empecé por aquella época a frecuentarlos, y continué frecuentando, naturalmente, los obradores de Coullaut Valera, mas el rumbo artístico, los conceptos estéticos míos habían cambiado durante el año y medio en que inactivo hube de dedicarme a la reflexión y a la lectura; no obstante, aquellas visitas a Coullaut Valera y el libre circular por sus obradores iba enriqueciendo mi conocimiento del oficio de escultor.

¿Cómo eran aquellos talleres? ¿Cómo se obraba en ellos? Espaciosos, con grandes ventanales y lucernarios que miraban al Norte; en el primero, el más amplio y alto, se hacían las grandes estatuas; en el segundo, mediano, las más manejables, y en el del fondo se solía tallar la madera, la piedra o el mármol. Desde él se expandía en el ambiente todo, hasta el patio y la calle, el tintineo del martillo y cincel sobre el mármol o el golpe sordo de la maceta y la gubia sobre la madera. Allí se desenvolvían Don Lorenzo, sus auxiliares y un jovenzuelo callado y simpático que es hoy el escultor Federico Collaut-Valera, aquí presente. Su primer pinito con el modelo vivo fue mi retrato, para el que le posé gustoso.

Eran muchos los encargos, Don Lorenzo sólo tenía dos brazos, y hay una labor en nuestro oficio en la que pueden auxiliarnos: preparar el barro, los armazones, montar las figuras ampliándolas mecánicamente, sacar de puntos en las diferentes materias los modelos previamente creados por el artista, sea con máquina o compás, y aproximarlos, pueden ahorrar al escultor tiempo y fatiga, llegando así fresco ante la obra preparada y tocarla, acariciarla de modo que adquiriera calidad, vida y la personalidad final del autor.

Téngase presente que una obra escultórica bien concebida y

compuesta, correctamente planteada, puede por muy poco quedarse en mediocre si los acentos, correcciones y simplificaciones finales no llevan la impronta del artista creador. ¿No suelen ser así las copias?

En aquellos obradores Don Lorenzo, experto, ojo avizor vigilaba, dirigía y, cuando sus esculturas aproximadas estaban, cogía palillos y alambre, maceta y gubia o martillo y cincel, y golpe aquí o allá, poniendo o quitando barro, acentuando o simplificando sobre la madera o el mármol, envolviendo, cincel o escofina en mano un día y otro hacía cobrar morbidez, elegancia o expresión a sus criaturas.

La generosa hospitalidad de Don Lorenzo me permitió tallar en dichos obradores mi relieve en piedra de 2,30 metros de altura, "La piscina" —que conservo—, presentado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1932, en la que me fue otorgada la primera medalla de oro.

Sin declinar su autoridad, Coullaut Valera fue siempre cordial, comprensivo, paternal con sus auxiliares. Los inmediatos fueron: el viejo italiano Sanguinetti, conocedor de todos los secretos del oficio; el madrileño Buendía, buen copista, pero que careciendo de fibra y personalidad no pudo ser escultor; el catalán Paisa, sacador de puntos de gran pericia; Atanasio, vaciador en yeso, fiel servidor de Don Lorenzo que lo utilizaba en múltiples menesteres; y animaba el trabajo con sus chirigotas y fina gracia andaluza, alegrando el ambiente, el malagueño Risueño, escultor que trabajó allí y luego en su tierra. Para todos ellos, que tanto auxiliaron al maestro y con los que conviví, va mi cordial recuerdo.

Y estaban los modelos; ellas pasajeras; ellos, algunos, gitanos, como Diego y el Sordo, conocidísimos, que nos posaron a casi todos los artistas de aquel tiempo. Fueron poco aficionados al agua y al jabón, particularmente Florencio; tan así era, que una vez Don Lorenzo le advierte que venga al siguiente día aseado, pues ha de trabajar en el pie de una de las figuras en ejecución. Y Florencio pregunta: "Don Lorenzo, ¿cuál de los dos pies me lavo?"

Generosidad de Coullaut Valera fue recibirme en sus talleres, mostrarme sus obras, su trabajo mientras lo ejecutaba, dialogar conmigo, artista incipiente, poder inquirir a él y a sus auxiliares muchas cosas del oficio que yo aún ignoraba.

Generosidad suya fue introducirme en el ambiente familiar, lle-

vándome a veces a disfrutar del mismo unas horas en su casa veraniega en La Granja.

Y luego, escultor yo, que empezaba a tener notoriedad, recompensas y encargos, siguiendo otra línea artística que la suya, su estima no disminuyó, antes al contrario, la afabilidad fue "in crescendo". Más aún cuando contraje matrimonio con Magdalena, cuya obra pictórica admiró extraordinariamente.

No olvidamos ella y yo el elogio frecuente de sus pinturas y aquellas excursiones de sus últimos tiempos, a las que él, poseedor de automóvil, nos invitaba: La Granja, su palacio y jardines, el panteón de los Duques de Alba en Loeches; la histórica y monumental Alcalá de Henares, los visitamos por primera vez con él, y allí degustábamos juntos aquel chocolate con migas de la Hostería del Estudiante, ¡ay!, cuando ya su salud se resentía. Ello era finalizando la primavera del año 32. Lejos nosotros, en mi villa natal, el 21 de agosto Don Lorenzo moría. Tres días antes había nacido mi primer hijo, malgrado en seguida.

Todo lo hacía Don Lorenzo con gran naturalidad. Amaneciendo bajaba a sus obradores y aprovechaba aquellas primeras horas matinales para antes que llegasen los auxiliares estar a solas con sus esculturas. No tan solo pues le acompañaba, buen andaluz, el aguardiente de Cazalla.

Al otro lado del patio, anejo a la casa, con la que directamente comunicaba, se alzaba su estudio; los muros cubiertos por estanterías llenas de libros. En él era donde verdaderamente las criaturas de Don Lorenzo se gestaban y empezaban a desarrollarse: bocetos, dibujos, estudios; los modelos para ser ejecutados en materia definitiva o ampliados, de allí salían. En él era donde las más de las veces, madrugador también yo, muy de mañana lo encontraba. Acógiame afable junto al caballete de trabajo y me ofrecía cordial una taza de café, que lo que contenía era Cazalla. A trechos mientras trabajaba y el diálogo discurría, él con fruición tomaba un sorbo, no sin dejar de echar una chupadita al cigarrillo que constantemente le acompañaba.

Nunca osé aceptar ni aguardiente ni cigarrillo, no sólo por el respeto que con su barba —pocos en aquel tiempo se la dejaban— me inspiraba, sino porque durante aquellos años en que uno era menos joven, me repelían. Ello como consecuencia de una borrachera —la única en mi vida— que siendo niño cogí a escondidas un día de Navidad, allá en la casa de la calle Castellar donde vivía-

mos en Sevilla. Chupé, chupé y bebí hasta que todo me dio vueltas y caí.

¿Cómo era Lorenzo Coullaut Valera? Hombre de mediana estatura, llenito y ligeramente panzudo, de rostro abierto, risueño que irradiaba simpatía; frente amplia y despejada, perfil aguileño, mejillas redondas, boca de labios breves bajo buen bigote; barba grisácea recortada y terminada en punta y ojos grandes de mirada perspicaz que atraían.

Fue hombre activo, bondadoso, fino y educado, dicharachero y, a veces, andaluz de los buenos, su mijita zumbón. Natural y nada engolado, pese a su fama, gustaba del trato con los jóvenes; nunca le oí denostar a otro artista

El sí lo fue por la España cainita que de nuevo virulentamente hoy rebrota. Tenía encargos ganados en concursos nacionales o internacionales, el natural beneficio y fama, popularidad. Algunos intelectuales puros y ciertos artistas tan modernos que pronto dejaron de serlo y ya nadie les recuerda, le subestimaban.

Pero su obra está ahí decorando o edificando; en Sevilla, Madrid, y otras ciudades de España y en América. Algunas con el transcurso del tiempo son más estimadas. Lo dice así el bronceo grupo de Don Quijote y Sancho en la Plaza de España madrileña, una de sus composiciones escultóricas más lograda. Lo dice la imagen en madera policromada según la tradición sevillana, de San Ignacio, el españolísimo Santo que se venera en la española Vaconia, allá en Loyola.

Lo dicen el monumento sevillano a Bécquer, la estatua de Menéndez Pelayo en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional, y seguiríamos, pues fue ingente la producción suya aun sin considerar que murió joven.

Por voluntad del padre, francés e ingeniero, Lorenzo para ingeniero iba también, mas la inteligente intuición materna con sangre de artista en las venas —era prima de Don Juan Valera— cultivó su naciente vocación haciéndole escultor. Escultor y cabeza de familia numerosa, pues casó en Marchena, su pueblo natal, con María Teresa Mendigutia, su primera y única novia, que le dio ocho hijos. Dícese que los artistas suelen ser enamoradizos y donjuanes. Lo anterior es lo único que al respecto se sabe de Lorenzo.

Lorenzo como mi maestro, Joaquín Bilbao, fue discípulo de Susillo en Sevilla. Cuando Susillo faltó, Lorenzo salta a Madrid, donde Querol es su guía artístico, y Don Juan Valera, tío del joven

artista, su patrocinador. En toda la obra del sobrino permanece la huella literaria un tanto romántica de Don Juan.

Apréciase ya en una de sus primeras obras, muy bella y expresiva, adjudicada en concurso nacional; la lápida conmemorativa en el edificio madrileño de la calle de Atocha, donde estuvo la imprenta de la edición príncipe del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha. Edificio abandonado, ruinoso y lápida mutilada hasta el punto que como españoles nos causan sonrojo; sobre todo cuando tanto se clama cada día por la instalación en Madrid de unos cubos superpuestos bautizados como esculturas, muy pesados, sí, pero que, vive Dios, nada tienen que ver con este gran arte.

No tuvo fortuna completa Coullaut Valera en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes que otorgaban fama y jerarquía. No obstante las alcanzó con su obra, y además popularidad. Fue algo semejante a lo ocurrido en música con Jacinto Guerrero, en pintura con Zuloaga, en las letras con Blasco Ibáñez, en la arquitectura con Aníbal González y en el teatro con los hermanos Álvarez Quintero.

Sea la época o el poco acierto de los arquitectos colaboradores suyos, es el caso que en no pocos de sus monumentos la arquitectura es excesiva o pesada, no se corresponde con la escultura, restándole valor en lugar de realzarla. Así el monumento a Cervantes en general, en el cual los grupos de "Rinconete y Cortadillo" y "La Gitanilla", dinámicos y bien compuestos, tras la muerte del autor, fueron terminados por Federico, su hijo. En el de Don Juan Valera, cuya arquitectura además de excesiva no acompaña al espíritu romántico de la obra, la figura femenina sentada en actitud coqueta, rostro y brazos muy bien modelados, está llena de encanto. Y acontece más visiblemente en el monumento sevillano de la Inmaculada, cuyas correctas esculturas quedan deslucidas por una arquitectura pretenciosa que rompe la armonía y hermosura del sin par entorno; ¿por qué no trasladarlo a lugar más en consonancia con sus propios valores?

Cuando la estatua, el grupo o relieve no combinan con otros elementos que el pedestal que los sustentan, el efecto cambia. Ejemplo: el Monumento a Campoamor en el Retiro madrileño, grupo marmóreo en el que el poeta, bien sentado, con aire noble y bondadoso parece dialogar soñando con las representaciones de las tres edades, figuras femeninas en actitudes naturales y elegantes; rostros y manos distinguidos, amables y bien contruidos, con afán de

belleza. Bien agrupado, compuesto orgánicamente se aprecia en todo él un trabajo esmerado y complacido.

Coullaut Valera era en el fondo un romántico y así supo representar con naturalidad emocionada los personajes de este signo.

Se le ha llamado escultor del "modernismo" de su época, pero yo pienso que si bien con un sentimiento poético lo que hizo fue adelantarse al neorrealismo actual, mas con una gran diferencia; mientras éste tiene una visión fotográfica de cuanto plasma, él esculpía con visión artística, no obstante su naturalismo, imitación real de las cosas, ropajes y el modelo vivo. Así esta juiciosa respuesta suya: Un joven petulante le dice viéndolo obrar: "Don Lorenzo, hay que trabajar de espaldas al natural". Y él contesta: "Hombre, sí, cuando no se puede con él hay que darle la espalda".

Hablamos de escultura. Cuando el escultor crea, su espíritu vuela, mas no puede liberarse de la servidumbre que la materia le impone, aun dominándola. No logra desasirse de ella y he ahí su grandeza, pues esclavo, la domina penetrándola de vida y ambos se salvan en esta coyunda; dura, porfiada, apasionada y, a veces, agotadora.

Por obra del artista la materia se transforma y no es barro, bronce, piedra o mármol lo que nuestra mirada contempla, sino una criatura alumbrada por el espíritu, el saber y la vital energía del escultor.

¡Cuánta vigilia y esfuerzo para que la criatura vaya tomando forma hasta parirla! Hora tras hora, día tras día en tensión la mente, el intelecto; el corazón o sentimiento; las manos y nuestro cuerpo todo proyectado en armónico afán para plasmar, en la materia inerte, mórbida o resistente, lo que la imaginación y la fantasía, apoyadas en la naturaleza viva, concibieron.

Y para esta aparición o abrirse de la coyunda escultor-materia; para que el barro, piedra, mármol o bronce se nos presenten transfigurados en criatura que nos habla, necesarios fueron, son, la destreza y el dominio de un oficio, viejo de milenios, que, ¡ay!, desdénado hoy por la banalidad o la impotencia embaucadoras, va perdiéndose y en consecuencia vemos lo que vemos presentado como escultura en plazas y jardines, museos al aire libre, bancos y edificios comerciales u oficiales.

¿Cómo podrían ciertos escritores que a ello han contribuido, decirnos algo sin conocer el idioma y la gramática? Ciertamente que, a veces, con su cataglotismo es como si hablasen en chino, y nadie

los entiende ni aun cuando dicen cosas veraces que no se corresponden con lo que propugnan.

Lorenzo Coullaut Valera fue uno de aquellos escultores diestros y hábiles que conoció el oficio y sus secretos; que dominó la materia y supo formarla ennobleciéndola y haciendo que nos hablase con elegante y correcta expresión, tanto al conocedor como al pueblo sencillo, ese contemplador que dice que no entiende pero que le gusta o no le gusta y, en definitiva, sí entiende, pues el arte, cuando no ha perdido su valor de signo, es a él a quien va dirigido.

Queremos, ambicionamos los escultores que creemos en el mañana, que nuestras figuras duren en el tiempo, que estén bien hechas, que sean excelentes en su vario significado y aspecto, que al ser contempladas plazcan o emocionen, recién paridas o más allá de las modas y los ismos, transmitiendo permanentemente su mensaje.

Así, las de Coullaut Valera alcanzaron éxito, gustaron y continúan gustando. Ahí está confirmándolo en nuestro Parque de María Luisa la obra más significativa y lograda, quizás, de su arte: el monumento a Bécquer. Más de medio siglo, 68 años se han cumplido de su alumbramiento y ya ha superado la temporalidad de las modas. Monumento inspirado en parte por sus fraternales amigos los hermanos Alvarez Quintero, pero que concebido y realizado en pleno dominio de su arte, dice elocuentemente lo que fue el escultor Lorenzo Coullaut Valera.

Reflexionemos, señores académicos, ilustres damas y caballeros que me escucháis: ¿Entre los monumentos y estatuas erigidos en los últimos lustros en la que fue Atenas de España, en Roma la chica como a Julio César le plugo llamarla; en nuestra Sevilla, ¡ay!, tan deteriorada, encontraremos un adorno de la ciudad comparable en galanura y encanto a este poema en el que el mármol, bronce y naturaleza se conjugan formando un todo armónico?

Coullaut Valera fue además de un caballero cortés, digno, cristiano, y sencillo, un padre de familia ejemplar, y sobre todo un profesional concienzudo y honrado que nunca iba a salir del paso; fue esencialmente, señores, un artista más o menos grande, pero vocacional, y, por ello, durante toda su vida, demasiado corta para su fecundidad, la dedicación, la entrega a su arte fueron tales que gozó y sufrió sin tregua amando a su escultura desde su adolescencia hasta que se marchó a la otra orilla.

Cuando la aurora apuntaba, ya estaba Lorenzo Coullaut Valera

en el estudio o en los obradores entre sus criaturas como hemos dicho antes. Al llegar la noche la tarea cumplida, él que no fue hombre de cenáculos y tertulias, para la esposa amante y sus otras criaturas fueron las horas de buen ganado estar. Pródigo, legó a la posteridad una obra ingente y varia, unas veces lograda, correcta, bella o expresiva, otras menos, pues bien sabemos que la diosa Inspiración tan maravillosa y mágica es como difícil de conquistar. Fascinadora pero voluble y aun caprichosa, a veces nos olvida o abandona y hay que buscarla, perseguirla de nuevo por otros caminos, pero siempre esforzadamente, apasionadamente; ella es así y solamente el talento extraordinario o el genio logran retenerla más perennemente consigo.

Lorenzo Coullaut Valera se acabó al marcharse. Dejó discípulo y seguidor suyo, al hijo Federico, el que no solamente siendo muy joven realizó o terminó algunas de las obras emprendidas por el progenitor y maestro, sino que a través de su vida, ya más larga que la de su padre, ha sido y sigue siendo fiel a la enseñanza y conceptos paternos, continuando modestamente, callada y sencillamente sus huellas.

Me complace ahora en rendir, ante él, homenaje a la memoria del escultor y amigo que fue Lorenzo Coullaut Valera.

E. PÉREZ COMENDADOR